



EMBARCADERO DEL CANAL IMPERIAL DE ARAGON.

CARTAS DE GONGORA.

Señor Don Angel Fernandez de los Rios.

Córdoba 12 noviembre de 1854.

Muy apreciable amigo: Siendo tan conocido como poeta célebre don Luis de Góngora y Argote, el público no tiene noticia de ninguna clase de composicion en prosa del mismo, por lo que me ha parecido agradecerán á los lectores del SEMANARIO las adjuntas cartas, que con otras varias poseo y tengo el gusto de remitirle.

Con este motivo se repite de V. A. S. S. Q. B. S. M.

LUIS MARÍA RAMÍREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

Señor Don Francisco del Corral.

Dios dé á vm. muchas Pascuas como estas con la salud que le deseo, que bien puede fiarlo de mi voluntad. Señor mío, no escribí la estafeta pasada, porque fué en el día mas ocupado que ha tenido la capilla con la muerte del Santo rey que está en el cielo. Murió último de marzo á las nueve y cuarto del día de un tabardillo mal entendido, y por eso no curado. Desde la estrema unción le comenzaron á fatigar escrúpulos, y tantos, que delante de muchos dijo el martes (hoy hace ocho dias en la tarde) á su confesor (1): «buena cuenta hemos dado vos y yo de mi alma:» á que respondió S. Y.: «no he tenido yo la culpa, pues siempre le he dicho verdades á V. M.»—«Esto fue á los primeros años,» replicó el rey. De esta manera procedió aquella noche, dudando de su salvacion y conociendo sus omisiones y descuidos, de tal suerte que juzgaban era delirio. Encomendó mucho á su hijo al duque de Veeda, á quien en la misma noche hizo merced del principado de Risigniano en el reino de Nápoles de casi treinta mil ducados de renta, y al prior de S. Lorenzo del obispado de Tuy. Mientras disponia de

esto el Santo rey, su hijo que Dios guarde, llamó al Sr. D. Alonso de Cabrera y lo hizo partir á media noche á encontrar al cardenal duque que se tuvo nueva habia salido de Valladolid para este lugar, dando órden los detuviese y hiciese volver de donde quiera que lo encontrase. Esto se ejecutó en Martin Muñoz tan á pesar del duque, que se quedó muerto cuando se lo intimaron. Esta tarde ha llegado el señor D. Alonso, y al punto se fué al aposento del Sr. D. Baltasar de Zúñiga, y así no se puede saber mas de lo que ha pasado allá, si bien se dice que le dejó embargada la hacienda, porque acá le han embargado los juros. A otro ordinario escribiré con mas certidumbre esto. En esperando el rey que está en el cielo, S. M., que Dios guarde, se retiró á su aposento donde el duque de Veeda entregó los papeles que al mismo punto S. M. mandó tomar á D. Baltasar de Zúñiga, y pidiendo los demas á Juan de Zurita, los entregó á Antonio de Arostegui. Abrieron el testamento, y mientras lo leian en la galería á vista del cuerpo difunto, el rey nuestro Señor por otra provision confirmó á los presidentes y oidores de sus consejos, menos á los señores Pedro de Tapia y Antonio Bonal, á quien jubiló sustituyendo en su lugar á los señores don Juan de Frias del consejo de contaduría, y D. Berenguel de Aoiz de la chancillería de Valladolid. Murió el mismo día el conde de Salazar por quien vacó la encomienda de Mérida que vale cuatro mil ducados, y se dió luego á Jacinto Velasco, sobrino del muerto y hijo de D. Luis de Velasco, el general de la caballería de Flandes. Dos dias ha que privaron á Tomás de Angulo secretario de mercedes, y se dieron sus papeles á Pedro de Contreras secretario de cámara el día mismo que murió su padre. Pidió el rey el proceso de Siete-Iglesias, que despues acá ha dado tres audiencias á los jueces: anda este negocio muy apretado y témesse mal suceso, porque se procederá á forzarle con segundo tormento á declaracion de cómplices, fuera de que se tiene por cierto que le han quitado tres hojas al proceso, de que estan algunos temerosos y de que dicen ha resultado el embargo que esta tarde se ha hecho de los juros de Lerma. Llevaron el cuerpo á S. Lorenzo viernes á prima noche con poca luz, y menos autoridad que quisiera yo por la satisfaccion de tanto frances como ha concurrido. Al inquisidor gene-

5 DE NOVIEMBRE DE 1854.

(1) Fray Luis de Aliaga, Inquisidor General.

ral no le dieron aposento los frailes y de limosna le acogió el médico del convento. Nadie le entra por la puerta, al duque de Veeda menos: todo es ahora el señor D. Baltasar de Zúñiga y conde de Olivares. S. M., Dios le guarde, está el mas lindo mozo del mundo. Dios le deje lograr. Ayer tarde hizo merced á nuestro D. Luis Venegas del cargo de aposentador mayor con las preeminencias y calidades que lo tuvo su padre. A la mañana se pidió y sin mas dilacion de consulta se proveyó á la tarde. Estoy contento porque de esta manera espero tener presto casa de aposento, ya que Cristobal de Heredia me deja sin dineros y sin carta y vm. sin respuesta, que es mi mayor consuelo.

Ya tengo perdida la esperanza y la paciencia, pues me pone en punto de perder la honra en un lugar como este. Ya caminamos á cuatro meses de alimentos sin haber visto un maravedi de todos ellos, y lo que mas siento, sin hacer caso de mi por carta.

Asi Dios guarde á vmd. y al señor D. Rodrigo que le confieso que en mi vida me he visto mas apurado, porque en llegando ya á desestimacion de la persona no hago caso de la falta del dinero: y no sé en que funda Cristobal de Heredia tanto silencio y tanta sordera á mis necesidades habiendo ya convenido en la cantidad y ofreciendome la anticipacion de los seis meses. Suplico á vm. reprenda esta sinrazon de manera que se cumpla lo que se pone, ó se rompa todo, que yo comer tengo, y no quiera, lo que es obligacion agradecida como amistad, hacella merced y tan voluntaria que sea vergonzosa; no puedo ya sufrirlo y prometo á vm. que por no llegar á escribir esto entré con las nuevas que ha leído vm. en esta carta; mas como no pude escusar de pedir lo que tanto he menester, no pude tampoco escusar el decir mi sentimiento. Perdoneme vm. y sírvase mandar se me compre á cuenta de mis alimentos cuatro arrobas de azahar seco, digo, de lo ya tostado en las alquitaras con que nos solemos tomar baños, que me lo ha pedido el barbero del señor patriarca que lo es mio tambien, y suplico á vm. venga bien acondicionado en serillos de palma, y despues estos en uno de esparto. Perdone vm. mi amo y mi señor.

Grandes mudanzas se esperan, yo iré dando cuenta de ellas. A mi señora doña Ines beso las manos muchas veces. Madrid y Abril 6 de 1621 años.

D. LUIS DE GÓNGORA.

Señor Don Francisco del Corral.

Mi amo y mi señor: No llegó al lago de los leones el otro profeta mas á tiempo que Martín Ruiz ayer á medio día llegó á mi posada: beso la mano á vm. por el trabajo que le cuestan mis socorros.

El embargo de los juros del duque de Lerma es en diferente forma de lo que escribí á vm. Hizose por un decreto de S. M. al consejo de Hacienda restituyendole las..... de que el rey que está en el cielo le hizo merced en el reino de Sicilia valuandolas en setenta y dos mil ducados de renta. Es el decreto grave y de razones tan poderosas que le debió de costar cuidado al señor D. Fernando Carrillo.

Al duque de Osuna prendieron el miércoles pasado á mediodía de esta forma. Estando para comer entró el señor D. Agustín Megía, tan solo, que nadie le conoció, hasta llegar al duque, bien sea verdad que lo encubrió el capirote: sentóse y mandando salir los criados se quedaron hablando los dos no sabemos que, si bien creo que fue del estado presente de las cosas: esto debió de ser espacio de cuatro credos, cuando llegó el marqués de Povar habiendo cercado la casa toda con la guardia española, y con veinte soldados entrando hasta la misma sala dijo D. Agustín: V. E. sea preso por el rey nuestro Señor y su consejo de estado. El duque entonces perdió de color desde que vido entrar al marqués y las alabardas de rondon y respondió: por cierto señores un portero del consejo bastará, cuanto mas tan grandes caballeros: vamos donde VV. SS. tienen orden de llevarme, y porque estoy tan cojo como ven denme licencia que baje la escalera en mi silla. D. Agustín entonces dándole el brazo dijo: yo quiero ser bracerio de V. E. y el señor marqués lo será tambien porque no tenemos orden de otra cosa. Salieron con esto, y llamando el duque á su mayordomo no consintieron que le hablase, antes mandaron siguiese la comitiva del duque, y sin dar lugar á otra cosa lo sacaron en un coche: el en la popa, D. Agustín en la proa, Povar en el estribo derecho y á el otro estribo á caballo D. Fernando Verdugo su teniente. Sacaronlo por la puerta de Alcalá, y al primer humilladero lo esperaba un coche de seis mulas en que el marqués le llevó con cuarenta soldados á la fortaleza de la Alameda, y á la noche salió para allá D. Carlos Coloma castellano de Cambrai con diez y seis arcabuceros á quien lo dejó entregado Povar; porque el señor D. Agustín se volvió desde el humilladero. Secrestaron los bienes, prendieron al secretario, y otros criados mas tomaron la cantidad de papeles que hablaron aun mas de lo que el duque ha hablado, con ser mucho. Al conde de Saldaña mandó

S. M. antes de anoche le intimase el señor D. Baltasar de Zúñiga renunciase el oficio de caballero mayor y se fuese á Flandes con ventaja de grande que son quinientos ducados al mes. Ha hecho lástima á todos. Hacesse merced del oficio al duque del Infantado aunque no lo aceta por ser despojos de su yerno; mas entiendese que es ceremonia, y que lo acatará de buena gana. Ayer, segundo día de Pascua, estando yo con el señor conde de Olivares á las doce y media lo llamó S. M. y habiendo despachado no sé qué negocios brevemente con el conde de Benavente, estando el del Infantiado y Velada tambien para negociar, dijo el rey en voz mas alta que suele: «Conde de Olivares, cubrios.» Hizolo el conde, y volviendose luego á descubrir hechas tres reverencias, besó la mano de S. M. Dieroune todos el parabien los que allí estaban con S. M. Luego salió una ayuda de cámara dando la nueva á los que habiamos quedado en su aposento, que fue de mucho contento para todos, porque el conde merece el aplauso con que se oyó. Salió de allí á media hora y fue saludado con toda excelencia sin lisonja ninguna. Yo le debo mucha merced que me hace.

Ya creo que avisé á vm. del oficio que le habian hecho merced de aposentador mayor á nuestro D. Luis Venegas ó á mi por mejor decir, pues tendré casa de aposento, si Dios fuese servido, que no es pequeña ayuda de costa, y si con esto y la benevolencia de los nuevos privados no mejoro mi partido, fatal es mi hado. A mi amigo no escribo hasta enviarle esta prolija vara de la cruzada que será sin falta en toda esta semana porque el señor Patriarca es el mas menudo ministro que se conoce y despues de mil escrúpulos me dió la palabra ayer que el primer día de consejo firmaria la provision.

En grande altura tenemos á el señor D. Alonso de Cabrera: hoy he acompañado á s. m. con mucho gusto. A mi señora Doña Ines beso las manos con las del señor D. Rodrigo muchas veces.

Madrid y abril 13 de 1621 años.
D. LUIS DE GÓNGORA.

Señor Don Francisco del Corral.

Mi amo y mi señor: Humedecido me há la yema del dedo apenas esta gota de agua que vm. ¡Dios le guarde! me ha solicitado; mas hágme saber que al chuparla me ha dejado los labios tan secos como antes. ¿Donde está este caudal del amigo? ¿qué hacienda es esta que un agosto la enjuga? Un agosto debe de sorber el señor D. Fernando de Córdoba pues no da lugar á que siquiera satisfaga nuestro Cristóbal á lo que ha puesto conmigo. Bien fuera razon que me remitiera en esta póliza lo que monta lo caído de mis alimentos sin dárme los sorbos, que ya me contento con al fin del mes cobrar lo corrido, pues los Heredias tienen poco deudo con el adelantado. Suplico á vm. por arriero ó por otra cualquier via canse al amigo para que me remita lo que resta, que no habrá recua de tortugas que no llegue antes que el mes se acabe, y con esto vamos á lo que hoy me tiene tan lastimado, que no me detendré en escribirlo por no agravar el sentimiento. Remito á vm. una copia de la sentencia deste desdichado marqués y diré en el estado que hoy está. Oyó su sentencia viernes á las once de la mañana nueve de este con tanto valor que enterneciéndose el secretario y testigos no alteró su semblante, ni dijo mas que: «Dios sea loado: bendita sea la virgen nuestra señora.» Llamó á la tarde su letrado y consultóle si con buena conciencia podia dejar de suplicar della: respondió que no. Dijo que si era para los mismos jueces él la daba por confirmada, y así no había que tratar sino de lo que mas importaba. Invió á otro día á pedir al P. Gerónimo de Florencia le hiciese merced y caridad de venirle á consolar en aquel trance donde tenia que consultarle cosas de su conciencia: respondió que le perdonase. Hizo la misma diligencia con el P. Fray Gregorio de Pedrosa, amigo tan suyo antes, que le debía á pesar del duque, la autoridad y puesto que hoy tiene: respondió lo mismo: y envió á rogar al P. General de los Carmelitas descalzos le socorriese en tiempo que tanto habia menester sus letras y espíritu. Hizolo el buen fraile con mucha caridad y con él ha estado despues acá cuatro ó seis horas cada día, saliendo tan consolado de ver la conformidad con que está y publicándolo de manera que tiene á todos lastimados, y á sus enemigos confusos. El santo viejo Juan Calderon, la buena marquesa y sus hijos han visto, no sé cuantas veces, al señor D. Baltasar, al señor conde de Olivares, y dicen que á S. M. con tantas lágrimas que no han podido hablar ni el señor D. Baltasar responderles sin ellas: mas todo no bastará á impedir la ejecucion. Yo lo he sentido de suerte que no he tenido fuerza hasta ahora para escribirsele á vm. á quien suplico lo haga encomendar á Dios, y decirle algunas misas por lo que fue amigo de vm. y deseo servirle. Salgamos á cosas menos melancólicas. El sábado pasado en la tarde se publicó en consejo de estado la jornada del señor conde de Monterrey á Roma á dar la obediencia á S. S. y luego á prima noche: lo mandó S. M. cubrir juntamente con el marqués de Castil-Rodrigo

publicáronse á la misma hora. Dijo jurasen de gentil-hombres de la cámara con ejercicio los señores el duque del Infantado, conde de Peñaranda, marqués del Carpio, conde de Portalegre, D. Jaime de Cárdenas, hermano del de Maqueda. Sin ejercicio llaves que llaman caponas besaron la mano, porque no juran los tales, los señores el marqués del Villar, conde de Fuen-Salida, marqués de Caracena, marqués de Cañete, que juntos con los del otro siglo han multiplicado la coponera de suerte que el rey se halla embarazado, y el otro día tanto que hallando á Pastrana y á Cañete en el salon mandó á un ayuda de cámara que les dijese que saliesen á fuera; y replicando Pastrana al ayuda que el sabía hasta donde podía entrar y que el sumiller solo podía darle órdenes semejantes, salió S. M. y le dijo que saliese, que él lo mandaba, conque despejaron aprisa el puesto. Besó la mano tambien entonces el marqués de Málpica por ayo y mayordomo mayor del Infante cardenal. Otro día dieron título á su hijo mayor del dicho Málpica de conde de Navalnoral y hicieron mayordomo de la reina á su yerno el conde de Mora; de suerte que no ha negociado mal esta casa. Lo que fuese sucediendo irá sin falta avisando á vm. pues gusta de que le canse con mis cartas. De mi D. Gomez no me dice vm. nada, y del silencio infiero el lugar que tengo en su gracia; mas no desmayará por eso mi reconocimiento y voluntad. A su merced beso las manos con las de mi señora doña Inés etc. Madrid y Julio 20 de 1621 años.

D. LUIS DE GÓNGORA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGÜO.

ARTÍCULO TERCERO.

Tócanos ahora dar la última mano á la descripción del edificio que constituía el teatro ateniense, un tanto interrumpida por la digresión musical, que con anuencia de nuestros benévolo lectores nos hemos permitido. Describas ya las dos partes, de las tres, que segun hemos convenido, formaban aquel teatro, el escenario, el salon de platea, ó espacio intermedio, réstanos ahora bosquejar la parte en que se collocaban los espectadores, lo que segun lo dicho atrás, se llamaba *teatro* del consabido verbo griego.

Si tuviésemos el poder sobrenatural de que estaban dotados los santos de otro tiempo—que esta raza de hombres no existe ya entre nosotros—de trasladar con la fuerza de la voluntad montes y collados de una parte á otra, trasladáramos, por un momento, la parte circular de nuestro teatro que da frente al escenario, y que forman las galerías, anfiteatros y asientos generales, á un punto cualquiera donde no nos estorbase, y en su lugar pondríamos un arco cualquiera de círculo, cortado perpendicularmente del que forma una plaza de toros, con su serie de asientos de piedra, gradas y tabloncillos, y su última fila de palcos, que corona tan imponente y grandioso conjunto. De este modo, un tanto fabuloso en su ejecución, formaríamos, colocándonos á una prudente altura, una idea aproximada de la disposición general de aquella parte del edificio teatral de que venimos hablando. Circunscribiendo ahora las líneas de nuestro bosquejo á proporciones mas marcadas, diremos que esta serie de escalones de piedra ó gradas se dividía en los grandes teatros en tres pisos, rodeados cada uno de un pórtico y compuestos de nueve filas de asientos. En estas filas se sentaban los espectadores, espuestos como ya hemos visto en otro lugar, á los ardores siempre dulces, siempre templados y benignos del sol de la Grecia. En suma, el teatro griego, en esta parte, se asemeja al anfiteatro romano y al nuestro español. Pero antes de descender á pormenores sobre el lado del teatro que estamos describiendo, conviénesenos pararnos un momento, para indicar algunas reflexiones á las cuales nos da lugar.

Cuando un viajero visita las ruinas de Babilonia ó de Palmira, las pirámides de Egipto ó los derribados palacios de los Césares, párase de repente, descubre respetuoso su cabeza, inclina las rodillas, venera confuso tanta majestad, y se entrega luego en silenciosa tristeza á la serie de graves y aterradoras reflexiones que se agolpan á su mente perdida, abismada en tanta grandeza. A semejanza de aqueste viajero, ya que como él, cual otro Anacarsis, vamos viajando por la Grecia antigua, parémonos un instante á contemplar la grandiosa mole de aquel edificio, sobre cuyo severo frontis se lee la palabra *Teatro*. Ahora está desierto. Los ecos que ha despertado vibrantes y sonoros una comedia de Aristófanes que acaba de representarse, despues de haber vagado en el ámbito del teatro, se han perdido en el espacio. Entremos, y cual otro ateniense, sentémonos en una de las gradas silenciosas. ¡Qué imponente espectáculo! ¡Cómo la vista se ensancha por el horizonte! ¡Cómo la imaginación se mece risueña entre los mil

variados objetos que se la presentan! ¡Qué inmensa serie de contrastes! La bahía de Falero, recostándose sobre el ancha playa de movable arena, cuyos movimientos de vaiven sigue sumisa; el mar benigno y placentero, que se cierne en su vasta cuna, como las aguas de un lago se agitan al compás de encontradas brisas; las naves que vagan abriendo sus velas al aura bienhechora que las guía; el puerto del Pireo lleno de navios de todos los pueblos de Grecia, cuyas popas ostentan las variadas coronas de flores que los distinguen; los templos que se alzan imponentes en las riberas del mar, y á cuyos silenciosos pórticos se encamina algun sábio, para meditar sobre las causas supremas de las cosas; los túmulos de los grandes hombres, que duermen su eterno sueño en medio de la apacible soledad de la campiña; las colinas, cuyas verdes zonas se juntan en armoniosa union al claro azul del horizonte, y sobre las cuales se destaca la humilde morada de algun discípulo de Pitágoras viviendo en la paz del retiro; la alta ciudad que se divisa al Norte, inclinada, con lujurioso abandono, sobre las faldas del monte Himeto; el cementerio de Atenas, semejante á los modernos cementerios franceses, estendiéndose á lo largo de las floridas márgenes del río Hiso, y haciendo contrastar su inalterable silencio con el ruidoso bullicio de la ciudad que proyecta sobre él su agitada sombra; el Cinosargo, suntuoso gimnasio de Atenas, mas animado, mas rico en *dramáticos* detalles que los nuestros; el jardín de la Academia, en donde Platon explica á sus discípulos el dogma de la inmortalidad del alma, en medio de flores cuya efímera existencia se va apagando á compás de sus palabras; el Agora, cuyos lejanos murmullos nos revelan las luchas de un pueblo que condena ó absuelve al general imprudente que ha espuesto los destinos de la patria; y el campo de Maraton, en fin, sembrado de héroes, cuyas augustas sombras se alzan durante la noche para exhortar á sus degenerados conciudadanos á imitar sus pátrias virtudes. Tal es el espectáculo que se desarrolla á nuestras absortas miradas. En él, todo es grande, imponente, sublime. Al aspecto de tan variados y fecundos contrastes, álzase la mente y piérdese en alas de los grandes pensamientos que surgen en su seno: el corazón se afecta y conmueve, y derrama á torrentes las sensaciones que le agitan y que no puede contener en sus estrechos límites.

En este inmenso cuadro, la naturaleza y el arte, la ciencia y su manifestación eterna, la Divinidad y el hombre se hallan confundidos. La idea humana sienta su orgullosa planta al lado de la idea divina; el sentimiento del hombre, reflejado en sus obras, compite con el sentimiento de la naturaleza; el poder de los dioses se halla igualado, y á veces vencido, por el poder creador del humano entendimiento. El arte se manifiesta aquí de mil modos: su expresión diversa revela alternativamente ideas de grandeza y de pequeñez, de fuerza y de debilidad, de fecundidad y de impotencia, de esplendor y de tinieblas. En las personas, en las cosas, en los hechos todos se reproduce una idea, un pensamiento que los anima, que los idealiza ó inspira, cual misteriosa náyada que fecunda la urna de clara fuente, que les da formas humanas, graves ó poéticas, severas ó risueñas, profundas ó sublimes, simpáticas ó aterradoras. El ancho mar, las lejanas colinas, las altas montañas, perdiéndose en lo vago del horizonte; los monumentos públicos, los templos de los dioses y de los hombres, las tumbas de los héroes, los campos de batalla, las moradas silenciosas de los muertos, los vastos recintos donde se agitan y bullen los mortales, el incesante movimiento y la calma profunda, el sepulcral silencio ó el ruido atronador, el órden admirable ó la horrenda confusión, la alegría risueña ó la amarga tristeza, forman un inmenso conjunto, en que los hechos físicos se unen á los hechos morales; en que el sentimiento se hermana con la idea, el fondo con la forma que le encubre, y en medio de esta serie de elementos, diversos entre sí, pero unidos por un lazo misterioso, que los hace concurrir á un mismo objeto, á la expresión de una suma de ideas análogas, se alza imponente el teatro que lo domina todo, que lo oprime y aplanas, por decirlo así, con el peso de su grandiosa mole, con el total de fuerzas morales é intelectuales de que dispone, y con ese poder misterioso que le atribuye la imaginación de todo un pueblo.

El arte dramático se inspira de todas estas ideas, las absorbe como el sol bebe el agua de la tierra para formar las nubes, y las refleja despues mas bellas, mas hermosas, mas ricas de atractivos. El drama se robustece y ensancha con las fuerzas altamente *dramáticas* que se comprenden de los sitios que le rodean. La mente humana adquiere sobrenatural vigor en la contemplación de los atrevidos contrastes que cortan la uniforme regularidad de sus pensamientos: inspirada por tan fecundos motivos, envía á raudales sin fin su inagotable creación: su poder crece y toma temerarias proporciones; el corazón se abre ufano á la natural expansión con que le dotó la naturaleza, y derrama incesante manantiales de sentimientos y afectos: establece una simpática union, un misterioso fluido entre el hombre, la naturaleza y el arte: cada uno de estos elementos se ayuda con las fuerzas del otro, y multiplica su poder. El amor pátrio que se halla sepultado en Maraton; las virtudes cívicas encerradas en los sepulcros que se es-

tienden por la llanura de Platea ó á lo largo del estrecho de Salamina; el sublime heroísmo de Codro arrojándose á la muerte, como Decio á la sima, para salvar á la patria, agitando aun dentro de la tumba; los sitios, en fin, donde duermen tantos esclarecidos varones, tantas virtudes desgraciadas, tantas pasiones de violentos resultados, y donde reposan opuestas las grandes sombras de Temístocles y de Fedra, son otros tantos motivos de fecunda inspiracion y arrebatador entusiasmo: El drama pues, considerado, ya en sí mismo, ya en su union con los demás elementos, adquiere esa masa de representacion moral, artística, intelectual y social, con que le hemos visto revestido desde el principio de nuestros artículos.

Ya hemos terminado las reflexiones que hemos prometido, y á las que nos ha dado lugar el poético paisaje que se desarrollaba á lo lejos desde el sitio que ocupaban los espectadores para asistir á las funciones dramáticas. Demos ahora algunos pormenores descriptivos que completan el cuadro comenzado, que segun hemos convenido, se llamaba propiamente *teatro*.

Aunque queramos, no podemos negarlo: somos verdaderos discípulos de un hombre muy sábio, de un profundo pensador del siglo XVII, á un mismo tiempo gran filósofo y eminente matemático, de Descartes, ya que este nombre va siendo algo conocido entre nosotros. Ante todo, nos gusta el órden en nuestros trabajos. Somos apasionados del método, como condicion esencial en todas cosas. Nuestro bello ideal son las definiciones, las divisiones, las clasificaciones y enumeraciones. En vista de este gusto, y siguiendo nuestra antigua tradicion, dividiremos en tres grandes partes esa elevada fila de asientos que se alza desde el salon de *orquesta*, ó en moderno estilo, de *platea*, y va cambiando gradualmente, al estenderse, en oblicua, su alta linea.

Estas partes son: la *summa cavea*, la *media cavea*, y la *ima cavea*. Palabras técnicas, términos sacramentales, y á los cuales no nos es dado tocar de modo alguno. Los traduciremos. La *summa cavea*, es la elevada ó alta cueva. No nos escandalicemos, que la moderna nomenclatura ofrece al ridículo no pocos lados vulnerables. La *media cavea*, es la cueva media; y la *ima cavea*, es la cueva baja ó inferior. O lo que es lo mismo: el paraíso, tertulia, ó entrada general de arriba: las galerías intermedias, anfiteatros, ó palcos principales y segundos: las galerías bajas, palcos bajos, ó entradas generales de igual denominacion, pues este órden y nomenclatura varían segun los teatros.

En la *cueva* del centro se sentaban los hombres de las clases medias de aquella sociedad. En la *cueva* de abajo, como mas honorífica, pues correspondia á nuestras filas de lunetas, tomaban asiento los grandes dignatarios del Estado: allí tambien solían verse formando raras al par que honrosas excepciones, las damas de la alta aristocracia ateniense, y principalmente aquellas que habian hecho á la patria eminentes servicios. No podemos hablar con tanta concision de la *summa cavea*. Segun lo que hemos podido colegir, siempre tuvo este sitio en la historia del arte teatral un carácter especial, singular, extraño. En la *cavea* de arriba, en el paraíso, se sentaron en un principio las mujeres de las clases bajas sociales. Punto esencialmente *amazónico*, las heroínas atenienses que le guarnecían, tipos bastante perfectos de nuestras españolas manolas, no daban cuartel á ningun varon: á semejanza de las mujeres hebreas, cuando se hallaban en el templo, no permitían que ningun objeto masculino viniese á contrastar, disforme y chocante, con la uniforme regularidad de su sexo.

Si los antiguos hubiesen tenido el don supremo que tenemos nosotros los modernos, de imponer nombres retumbantes á las cosas mas sencillas, hubieran ciertamente trocado el lúgubre y sombrío nombre de *cueva*, por el dulce, sonoro y simpático de *paraíso*. La razon es muy óbvia. El paraíso griego, al contrario del nuestro, ofrecia verdaderos elementos de bienestar material, que si este los tuviese, harían su nombre menos burlesco. En cuanto á la comodidad, abundancia de espacio, aire respirable, ambiente fresco y demás condiciones higiénicas de que allí se gozaba, creemos que el mismo Mahoma no hubiera desdeñado de dárles cabida en el suyo. Ya hemos apuntado atrás, que esta última parte del teatro que venimos describiendo, se asemejaba en su conjunto á un arco del círculo que forman nuestras plazas de toros, con su última fila de palcos:—aunque comparacion tan *sangrienta* esté reñida con la benignidad artística del arte dramático.—Estos palcos formaban una galería corrida semicircular, cubierta de modo que fuese inespugnable antemural á los énvites atmosféricos. En lo demás del teatro, estos, cuando se presentaba la ocasion, ejercían su furor como bueno les parecia.

El paraíso romano se diferenciaba del paraíso griego en que el primero no era tan esclusivista como el segundo.

El romano abría atento sus anchas puertas á toda clase de individuos, sin distincion alguna de sexos. El griego daba solo cabida en su seno á la mas bella mitad del género humano. Las analogías y semejanzas existentes entre ambos locales se referían solo á los concurrentes ó aficionados á ellas. En una y otra parte eran persas cuya

categoría, esfera ó carácter social se hallaba á igual altura. En esto solía á veces asemejarse á nuestra moderna tertulia.

Sin embargo, es preciso convenir que esta, ó lo que es lo mismo el local que nosotros hemos bautizado con el nombre galante de paraíso, tiene en los tiempos modernos un carácter especial de que carecia seguramente entre los antiguos. Nos referimos á ese carácter romántico, novelesco, y altamente *histórico*, con que le conocemos en los actuales momentos. Cuadro fecundo y variado, entre nosotros, en tipos nacionales y costumbres contemporáneas, creemos ofrecería abundante materia á la paleta del artista *album*, y observaciones curiosas del viajero, al poeta dramático de comedias de carácter, al novelista y escritor de costumbres, al gacelillero y al cronista de la capital.

En él se encuentran abundantes todos cuantos tipos, escenas chisiosas, casos divertidos é interesantes aventuras, nos trazan y relatan, con pincel algun tanto recargado y falto á veces de buen gusto, nuestros modernos escritores de costumbres, Gil y Zárate, Mesonero, Larra, Rubi, Fray Gerundio y otros, cuyos artículos, y sea dicho con el respeto y acatamiento que estos señores se merecen, son de infimísimo mérito, puestos al lado de los que han escrito y escriben en este género nuestros convecinos y modelos, Karr, Kock, Balzac, Sandeau, Gauthier y demás escritores de dicha escuela, por mil conceptos inimitable. Allí se encuentra al cesante con las mil clases, categorías, condiciones, géneros y especies, tribus y familias en que se le ha dividido y subdividido: planta especial y del país, que cada ministro riega con mano liberal y espléndida; que solo nace en el suelo español, y se cria, si no lozana, al menos numerosa bajo nuestros diversos climas, y en cuyo trabajo y elaboracion emplea el tesoro nacional cantidades exorbitantes. Allí se ven en fin reproducidos *dramas de vejez*, *hombres calaveras*, *mujeres de mundo*, y otros muchos tipos *sui generis*, cuya importancia grotesca es mas ó menos grande.

Pero no pretendemos escribir artículos de costumbres. Tenemos amigos dotados de rica imaginacion, de talento flexible, de fecunda vena y espíritu observador, y les aconsejamos vivamente que cultiven, siguiendo la buena escuela francesa, este género tan nuevo entre nosotros, pero de una fertilidad y abundancia de elementos verdaderamente asombrosa. Nosotros, eminentemente clásicos en medio de un siglo romántico, obedecemos aquello de *sumite materiam vestris, qui scribitis, equam, viribus*.

... consultad antes
cien veces y otras cien las propias fuerzas,
y ved si grato el cielo
os otorgó la ardiente fantasía,
el genio creador, digno tan solo
del sacro lauro del divino Apolo.

como dice muy bien el señor Martínez de la Rosa. Precepto altamente sábio y de la mayor trascendencia, y que no debiéramos jamás cansarnos de repetir, por lo mismo que nosotros, los jóvenes modernos, hacemos alarde de ridiculizarlo y despreciarlo, pretendiendo con repugnante cinismo sacudir su benéfico yugo.

Con todo, si se nos permite, diremos gustosos, y en dos palabras, pues este artículo va tomando ya dimensiones por demasiado crecidas, que existen en nuestros modernos paraísos, y principalmente en el del Teatro Real madrileño, tipos especiales que se han sustraído hasta ahora á la observacion de nuestros escritores de costumbres sociales, en fuerza de la flexibilidad de movimientos de que estan dotados. Tipos que se despojan en el trato natural de la sociedad del carácter grotesco que toman en momentos dados, y especialmente al entrar por las puertas del teatro. Tipos cuyo bello ideal se halla en ciertos seres humanos cuya clasificacion genérica no queremos citar, por ahorrarnos sus iras, pero cuya ridicula individualidad podríamos muy bien señalar con el dedo; tipos en fin cuyas exageradas pretensiones de *dilettanti* musicales les suministran el disfraz con que se ofrecen burlescos y empalagosos á nuestras ingenuas miradas. Sin entretenernos ahora en ir examinando pieza por pieza el disfraz cómico que tanto nos repugna y se complacen en ostentar ufanos, diremos que una de sus *cargantes* monomanías consiste en pretender estudiar en el paraíso del teatro las diversas escuelas musicales, el clasicismo en las óperas de Bellini, el sentimentalismo en las de Donizetti, la escuela afectada ó gongorina en las de Verdi, la romántica alemana en las de Meyerbeer, y así sucesivamente. Siendo aun lo peor del caso, que verifican este estudio musical con un disonante zumbido en tono *pianísimamente* ó *pianissimo*, que nos revela el canto de Jeremías llorando las futuras calamidades de Jerusalem. Si alguno escribiese cualquier dia sobre costumbres teatrales, le recomendamos estos tipos, que nacen, crecen, se desarrollan, viven y mueren, en el paraíso de los teatros de la ópera.

Por lo demás, solo diremos para concluir este artículo, que el otro punto de contacto que tenia con el nuestro el teatro ateniense, consistía

en que su paraíso, compuesto todo ó en su mayor parte de mujeres, se asemejaba á nuestra tradicional y muy veneranda *cazuela*; morada esclusiva de este sexo, y en tiempos teatrales no muy lejanos de nosotros, regada con las lágrimas que derramaban abundantes nuestras abuelas, al presenciar las famosas comedias del Doctor Godínez, tales como *Los sueños de Josef ó el mas feliz cauliciero*, *Los trabajos de Job*, *El diluvio universal*, las lágrimas de David, y otras de este santo jaez.

ANTONIO DE AQUINO.

PIEDRA MOVEDIZA NO CRIA MOHO.

M. Destival, oficial de marina retirado, tenía diez mil francos de sueldo, una hija de quince años llamada Celina, tan buena como bonita, y dos sobrinos de veinte años, Eduardo Granville y Carlos Bremond, á quienes tenía un cariño paternal.

Eduardo y Carlos, gracias á las recomendaciones de M. Destival, ocupaban dos modestos empleos en casa de uno de los principales banqueros de la capital: por otra parte, no tenían mas fortuna; pero si no

tiene mas que quince años: esperemos á que tenga veinte, antes de ponerla á prueba en esta materia. Como los dos me pareéis muy dispuestos para ser el hombre de bien de que acabo de hablar, este plazo de cinco años nos ofrece la maravillosa ventaja de conciliar vuestro deseo con mis intenciones. Pero mis planes formales son de no aceptar por yerno á un hombre que no tenga por su renta ó por su posicion una fortuna al menos igual al dote de mi hija, que será de cien mil francos. Ya veis, pobres amigos míos, que estabais muy fuera de cuenta si mi Celina estuviese en edad de casarse en el día; y á pesar de la amistad que os profeso me veria precisado á rehusaros con vuestros mil doscientos francos de sueldo. Pero sois jóvenes, teneis energia y talento, cinco años de término, y tengo esperanza que cambiareis de tal modo la faz de las cosas, que dentro de cinco años os será muy fácil lo que en el día os es imposible.

Eduardo y Carlos estrecharon á un tiempo las manos de su tío con respetuoso cariño.

—Dentro de cinco años no tendreis mas que decidir entre los dos.

—Hé aquí una fanfarronada! replicó M. Destival; no teneis nada, y hacer algo de nada me parece un problema difícil de resolver; creo, por ejemplo, que se encontrarían menos obstáculos si se tratase de



se hacia sentir demasiado su mezquina posicion, era efecto de las liberalidades de su tío, que de cuando en cuando venían en muy buena hora á suplir la insuficiencia de sus sueldos.

Un día M. Destival, que habitaba una deliciosa casa de campo á corta distancia de París, despues de comer condujo á sus dos sobrinos bajo la fresca sombra de una calle de tilos, y les dijo:

—Ya sabeis, amigos míos, que siempre me ha sido grato, y aun me he considerado como un deber reasumir en vosotros toda la ternura que debería entre mis pobres hermanas: mi mayor deseo es veros dichosos, y estoy resuelto á ofreceros cuantos medios esten en mi mano para que lo consigais: hace mucho tiempo que esta idea es la única que me preocupa, y para realizarla he formado y he desechado mil proyectos: hé aquí en el que me he fijado.

Eduardo y Carlos redoblaron su atencion.

—Tengo una hija, prosiguió M. Destival, á quien educo con el mayor cuidado, y que espero que un día esté en estado, por sus virtudes, su talento y su belleza, de hacer la felicidad de un hombre de bien.

—Y que no defraudará vuestras esperanzas, exclamaron á la vez los dos jóvenes con un entusiasmo que hizo sonreír al viejo marino.

—Lo creo como vosotros, replicó M. Destival; pero Celina aun no

hacer mucho de poco. Ahora bien: ese poco que os debe servir de punto de partida estoy en posicion de dároslo: en los diez años que hace que estais huérfanos he hecho en obsequio vuestro algunas economías cuyo total es en el día de veinte mil francos; os tocan diez mil á cada uno, y mañana estoy dispuesto á entregároslos. De este modo os he propuesto el fin y os he suministrado los medios de entrar en lid: á vosotros toca ahora adelantar mas y merecer la recompensa prometida. Por otro lado, añadió sonriéndose, como no podré aceptar dos yernos no teniendo mas que una hija, en caso de que ambos reunais el capital de que os he hablado, dejaré á Celina el derecho de eleccion, y prometo ayudar al que sea postergado á buscar un partido que le pueda indemnizar con usura.

Fácilmente se comprenderá que despues de semejante conferencia pasaron nuestros jóvenes la noche en la mayor agitacion: no durmieron un momento; mil planes estravagantes ó razonables ocuparon su imaginacion, y cuando amaneció habian los dos tomado sin duda su resolucion, porque hé aquí la conversacion que tuvieron en el jardín antes de volver á París:

—Y bien, Carlos, ¿has pensado en los medios de obtener el premio que nos propone nuestro buen tío?

—No he hecho otra cosa en toda la noche ¿y tú?
 —Yo también; y te aseguro que he fijado del todo mis ideas.
 —La misma confianza puedo hacerte.
 —Ah! ah! ¿sería una indiscreción hacerte algunas preguntas sobre este objeto?
 —Dios mío! no: ¿para ser rivales es necesario que dejemos de ser buenos amigos?
 —Jamás! respondió Eduardo estrechando la mano de su primo: tendré un placer en pagarte confianza por confianza.
 —Te confesaré que he estado indeciso sobre el partido que debía tomar.

—Lo creol... ¿y te has resuelto ya?
 —A no dejar mi posición actual.
 —¿Cómo! ¿Es posible! ¿conservarás tu destino?
 —Ciertamente; porque bien calculado, mi plaza es el primer paso.
 —Si; pero este primer paso no te llevará ni cerca ni lejos, no llegarás nunca.

—¿Pues qué, tienes por ventura intención de dejar la tuya?
 —A fé mia!... y no se pasará el día sin que haya puesto mi dimisión en manos del banquero.
 —¿Qué imprudencia!

—La tuya, querido mío, que haces una locura. Un destino! ¿Es mas que una traba... la pérdida de un tiempo el mas precioso? Se adelanta con tanta lentitud en un destino... caso que se consiga... al paso que en las artes, en el comercio, en la industria, se adelanta con suma rapidez... y cuando se tiene libertad, energía, inteligencia y diez mil francos, ¿qué no se consigue?

—Es posible en efecto que renuncie, mi querido Eduardo; pero por esto no dejaré de ser mas firme mi resolución.

—Ni la mia; voy corriendo á entregar mi dimisión.

—Y yo me vuelvo á mi escritorio.

Eduardo reunía las cuatro condiciones que segun él debían asegurar su fortuna: su dimisión le proporcionaba libertad; no carecía de inteligencia; su energía necesitaba que la contuviesen mas bien que la escitasen, y por último poseía diez mil francos, es decir, un capital con el cual son las mas veces infructuosos todos los esfuerzos, cualquiera que sea la carrera que se emprenda.

Y en seguida puso manos á la obra.

Como lo que hacia mas ruido eran los ajustes fabulosos verificándose con los autores y los directores de los periódicos, ajustes en virtud de los cuales subía hasta 100,000 francos el precio de una novela, Eduardo imaginó que por este medio podría llenar de una vez la condición impuesta por su tío; y se puso á escribir sin interrupción diez volúmenes sobre un objeto que le pareció el mas interesante del mundo. Después de haber empleado seis meses en esta obra gigantesca, la llevó al periódico mas acreditado de la época. Los diez volúmenes fueron rechazados aunque no examinaron mas que los primeros capítulos, y el resultado fué favorable al autor; le respondieron que se conocía en su novela el germen de un gran talento, pero que lo mas que podían hacer era admitirle para que de cuando en cuando escribiese algun folletín suelto hasta tanto que adquiriese en literatura un nombre que le sirviese de garantía para ajustarle para una obra de importancia sin comprometer los intereses materiales de la empresa.

Esta respuesta, que no dejaba desear sagaz, hirió el amor propio de Eduardo; visitó uno tras de otro á todos los directores de los periódicos, y en todos encontró el mismo recibimiento, tuvo que oír el mismo lenguaje. De despecho arrojó al fuego su manuscrito exclamando:

—La vida del periodismo no es practicable; llamemos á la puerta del teatro; por este medio M. X. ha ganado dos millones.

De resultados de esta determinación escribió un drama en cinco actos, que segun él debía poner en movimiento á todo París. Pero no se llega de un golpe delante del público; hay jueces á quienes es necesario conmovir primero, y estos son los directores del teatro. Pero todos los que tuvieron conocimiento del drama de Eduardo, le respondieron de un modo muy político, y en que era imposible descubrir ninguna señal de conmoción. Convenían en hacer justicia á las cualidades del estilo; pero el argumento les parecia un poco débil, y desentusiasmado con muy poco conocimiento del teatro; pero sin embargo estaban muy lejos de desanimarle; antes por el contrario le incitaban á trabajar, y no dudaban que á fuerza de tiempo y de estudio llegaria á adquirir las cualidades que le faltaban.

Eduardo escuchó á los directores de los teatros como habia escuchado á los de los periódicos, é hizo con su drama lo mismo que con su novela.

Renunciando á la literatura se fijó en la industria, y esta vez obtuvo mejores resultados; sus operaciones fueron dichosas. Pero cuando después de haber hecho su balance á fin de año, encontró por total de ganancias 8,000 francos, se apoderó de él un acceso violento de despecho y de cólera.

—¡Hé aquí mis ganancias! decía tirando los libros; ¡8,000 fran-

cos! ¡la décima parte de lo que necesito! ¡y de los cinco años que tengo de plazo se han pasado dos! Vamos, aun estoy engañado; la industria no es el camino corto para llegar á ser rico; busquemos otro mejor y mas breve.

Eduardo se lanza en las especulaciones comerciales: el momento era favorable; después de una larga inacción los negocios volvian á tomar una actividad que prometia. Gracias á su genio amable y simpático, pero sobre todo á su hombría de bien, nuestro jóven negociante no tardó en adquirir una buena clientela; su crédito comenzaba á establecerse sobre bases sólidas; y si Eduardo hubiera mirado el porvenir, hubiera visto todas las garantías de una fortuna creciente; pero por desgracia sus ojos no veían mas que lo presente, y se dejó llevar de nuevo por la desesperación, cuando al revisar su inventario encontró que las ganancias no hacían mas que compensar los gastos. Con muy poco que hubiera reflexionado hubiera comprendido que el segundo año con los gastos considerables de su primera empresa necesariamente habia de ofrecer resultados poco fecundos: pero esta idea tan sencilla no se le ocurrió, é hizo con el comercio lo mismo que con la industria y la literatura.

Entonces creyó que la causa de su desgracia era su obstinación en buscar en su país con mucho trabajo lo que tantos otros encontraban, segun él, con tanta facilidad en el extranjero. De este pensamiento á la ejecución no habia mas que un paso: Eduardo se dió prisa á liquidar sus cuentas y convertir los fondos que le quedaban en mercancías de diversas especies, y marchó para las colonias con nueva pacotilla. Pero á la vista de Cayenna naufragó; y dió mil gracias á la Providencia, porque fué el único que se salvó de los pasajeros, y el equipaje.

Seria empresa larga y difícil seguir á Eduardo en todas sus transformaciones; fué profesor de francés, de matemáticas, de lenguas muertas; apuró todo el catálogo de sus conocimientos; fué empleado, librero; se metió en una empresa teatral; dejaba á los tres meses una profesión para dedicarse á otra que no ejercía mas tiempo, siempre por la razón de no venir tan pronto la fortuna como él deseaba, perdiendo en una lo que habia ganado en la otra; llegó el término de los cinco años, y se encontró con unos pocos fondos de reserva que en cuanto le alcanzaron para pagar su paso á Francia.

El día fijado los dos primos se encontraron en casa de Mr. Destival en presencia de Celina, que por su parte tambien habia aprovechado el tiempo. No solo habia crecido en belleza y gracia, sino que á las perfecciones del cuerpo reunia las del alma y del corazón; era difícil verla sin amarla. Eduardo, separado de ella hacia dos años, se quedó vivamente admirado de sus progresos, y sintió que sus esfuerzos para merecer un tesoro tan deseado hubieran sido inútiles. Mientras que él se lamentaba interiormente procurando ocultar su confusión bajo una aparente distracción, su primo, por el contrario, se presentaba con una fisonomía alegre y un aire tranquilo.

A una invitación de M. Destival, el viajero Eduardo tomó la palabra después de concluida la comida.

—Querido tío, por mi desgracia no tengo nada bueno que decir, y siento infinito, mi querida prima, no ser digno de una dicha que siempre he tenido en gran precio, pero que en el día, sobre todo, me parece inapreciable. Solo una cosa endulza un poco la amargura de mi pena; y es, que al menos el relato de mis vicisitudes os convencerá de que he hecho cuanto está en la mano del hombre; y que si el triunfo no ha coronado mis esfuerzos, es preciso acusar á los pocos recursos que suministra nuestro siglo al hombre honrado que quiere hacer suerte.

Cuando Eduardo hubo acabado su relato, que todos escucharon con mucha atención, miró á su tío con un aire que parecia demandar algunas palabras de consoladora aprobación; pero este movió dos ó tres veces la cabeza y le dijo:

—Te has engañado, amigo mío, en el modo de juzgar nuestra época; lo mismo era para tu primo Carlos, y sin embargo, él ha encontrado los medios de cumplir las condiciones que os impone.

—Carlos! exclamó Eduardo como pasmado, ¿qué dichosa casualidad le ha favorecido?

—Nada debe á la casualidad, respondió M. Destival: su exactitud, su celo, su inteligencia le han hecho subir de escalon en escalon al rango de jefe de contabilidad de una casa de banco: un trabajo de suma importancia ejecutado con talento le ha valido la amistad de su principal: en fin, dejando á un lado los diez mil francos que le habia dado lo mismo que á ti, ha reunido cada año el fruto de sus economías que naturalmente crecia: y aunque en el día solo tiene seis mil francos de ahorros en cada año, es querido de todo el mundo, acaba de comprar una bonita casa de campo cerca de la mia, y creo que continuará por tan buen camino.

—Es increíble!

—Al contrario, es muy natural. No pretendo que tu primo haya adoptado el medio mas seguro, pero ha sido constante; hé aquí todo el secreto. Se puede llegar á un mismo fin por distintos medios, pero con

la condicion de seguir uno solo, que es lo que ha hecho Carlos, mientras que tú los has empezado y abandonado todos; mientras que el menor de sus pasos era para adelante, tú ibas para atrás cada vez que mudabas de camino. Hay mas: interin que tú te espatriabas á impulsos de tu carácter inconstante, inquieto é impaciente, Carlos permanecía á nuestro lado y ganaba el corazón de su prima: hubieras sido rico, y segun habíamos convenido Celina hubiera tenido que elegir entre los dos; pero la mirada que acaba de echar á tu primo te debe indicar de un modo bastante significativo sobre quien ha recaído su elección.

La confusion de Eduardo era estremada; conocia cuán justas y verdaderas eran las palabras de su tío.

—Mi primo, le decía con mucha gracia Celina, á falta de otro sentimiento puede contar con mi amistad.

—Y con la mía, añadió Carlos estrechando la mano de Eduardo.

—Y yo, replicó M. Destival, te voy á dar la última prueba de mi cariño; tu banquero, accediendo á mis súplicas, se ha dignado conservarte la plaza que dejaste hace cinco años: mañana volverás á sentarte en tu escritorio como si el tiempo pasado hubiese sido un sueño; aun eres joven para asegurarte un porvenir; pero no olvides que la cualidad mas indispensable para prosperar es la perseverancia. No hay cosa mas cierta, tú lo sabes por experiencia, que este antiguo proverbio:

Piedra movediza no cria moho.

MANSION DE LOS EMBAJADORES EN INDIA.

(Conclusion.)

Es tiempo ahora de explicar las miras de política del señor Constancio, y después diremos las razones por qué deseaba con tanto ardor retenerse en Siam. Este ministro, griego de nacion y que de hijo de un tabernero de un pueblecito llamado la Custodia en la isla de Cefalonia, habia llegado á gobernar despóticamente el reino de Siam, no habia podido elevarse á este puesto y mantenerse en él sin excitar contra sí la envidia y odio de todos los mandarines y del pueblo mismo.

Primero se adhirió al servicio del barcalon, es decir al primer ministro, á quien agradó mucho: sus modales apacibles y agradados, y mas que todo esto, un ingenio propio para los negocios y al que nada turbaba, le atrajeron pronto toda la confianza de su amo, que le colmó de bienes, y le presentó al rey como un sujeto propio para servirle fielmente.

Este príncipe no le conoció mucho tiempo sin poner en él su confianza; pero por una ingratitud que no se puede detestar bastante, el nuevo valido, no queriendo competidor alguno en el favor del príncipe, y abusando del poder que ya tenia con él, trabajó tanto que hizo sospechoso al barcalon, é indujo al rey á desprenderse de un fiel súbdito que siempre le habia servido bien. Por esto el señor Constancio, haciendo de su bienhechor la primera victima que sacrificó á su ambicion, empezó á hacerse odioso á todo el reino.

Los mandarines y todos los grandes, irritados de un proceder que les daba lugar de temer cada instante por sí mismos, conspiraron en secreto contra el nuevo ministro, y se propusieron perderle para con el rey; pero ya no era tiempo, pues él disponia tanto del espíritu del príncipe, que costó la vida á mas de 500 de entre ellos que habian quedado embarazar su favor. Supo en seguida aprovecharse tan bien de su fortuna y de las debilidades de su amo, que amontonó tesoros inmensos, ya por sus concusiones y sus violencias, ya por el comercio de que se habia apoderado y que hacia él solo en todo el reino.

Tantos escesos, que habia con todo colonestado siempre bajo el pretexto del bien público, habian sublevado todo el reino contra él; pero todo pasaba en secreto, y nadie se atrevia á declararse: aguardaban una revolucion que la vejez del rey y su salud vacilante les hacian mirar como próxima.

No ignoraba Constancio su mala disposicion para con él; tenia demasiado talento, y conocia demasiado los males que les habia hecho, para creer que los hubiesen olvidado tan pronto ellos mismos. Sabia de otra parte mejor que nadie cuán poco habia que contar con la salud del rey, siempre endeble y decaecida. Conocia tambien todo lo que tenia que temer de una revolucion, y comprendia muy bien que nunca se libraria de ella, si no estaba apoyado por una potencia extranjera que le protegiese estableciéndose en el reino.

Era esto en efecto todo lo que tenia que hacer, y el único fin que se proponia. Para llegar á él, era preciso primero persuadir al rey que recibiese extranjeros en sus estados y les confiase una parte de sus plazas. Este primer paso no costó mucho al señor Constancio; el rey deferia de tal modo á todo lo que le proponia su ministro, y este le hizo valer tan hábilmente todas las ventajas de una alianza con extranjeros, que este príncipe accedió ciegamente á todo lo que se quiso.

La gran dificultad fué determinarse la elección del príncipe á quien se dirigirian.

Constancio, que solo obraba para sí, no se cuidaba de pensar en ningún príncipe vecino: la falta de fidelidad es ordinaria en ellos, y habia demasiado que temer, que despues de haberse engordado con sus despojos no le entregasen al perseguimiento de los mandarines, ó no hiciesen algun tratado cuyo precio hubiese sido su cabeza.

Los ingleses y holandeses no podian ser atraídos á Siam por la esperanza de la ganancia, no pudiendo el país suministrar para un comercio considerable; las mismas razones no le permitian dirigirse ni á los españoles, ni á los portugueses; en fin, no viendo otro recurso, creyó que los franceses serian mas fáciles de engañar. Con esta mira indujo á su amo á buscar la alianza del rey de Francia por medio de la embajada de que hemos hablado primero; y habiendo encargado en particular á los embajadores que insinuasen que su amo pensaba en hacerse cristiano, cosa en que nunca habia pensado, el rey de Francia creyó que era propio de su piedad el concurrir á esta buena obra, enviando á su vez embajadores al rey de Siam.

Constancio, viendo que una parte de su proyecto habia tenido tan buen éxito, pensó en sacar partido de lo demás. Empezó por declararse primero con el señor de Chaumont, á quien dió á entender que los holandeses, con el designio de estender su comercio, habian deseado mucho tiempo habia un establecimiento en Siam; que el rey nunca habia querido oír hablar de esto, temiendo el carácter imperioso de esta nacion, y recelando que no se hiciesen dueños de sus estados; pero que si el rey de Francia, con cuya buena fé tenia mas que contar, queria entrar en un tratado con S. M. Siamesa, él se empeñaba en hacerle entregar la fortaleza de Bancot, plaza importante en el reino, y que es como su llave, con la condicion sin embargo de que se enviarian allí tropas, ingenieros y todo el dinero que fuese necesario para empezar el establecimiento.

El señor de Chaumont y el abate de Choisy, á quienes fué comunicado este negocio, no juzgándolo factible, no quisieron encargarse de él. El padre Tachard no tuvo tanta dificultad; desde luego por las ventajas que creyó que el rey sacaria de esta alianza, ventajas que el rey hizo sonar bien alto y muy allá de toda apariencia de verdad, engañado de otra parte por este ministro diestro y aun hipócrita cuando era menester, y que ocultando todos sus manejos bajo una apariencia de celo, le hizo ver tantas ventajas para la religion, sea de la parte del rey de Siam que segun él no podia dejar de hacerse cristiano un día, sea por respeto á la libertad que una guarnicion francesa en Bancot aseguraria á los misioneros para el ejercicio de su ministerio; lisonjeado, en fin, por las promesas del señor Constancio que dió palabra de hacer un establecimiento considerable á los jesuitas, para quienes debia hacer edificar un colegio y un observatorio en Luvo; en una palabra, no viendo este padre nada en todo este proyecto que no fuese muy ventajoso para el rey, la religion y su compañía, no vaciló en encargarse de esta negociacion; hasta se lisonjeó de llevarla á cabo, y lo prometió al señor Constancio, supuesto que el padre de Lachaise quisiese meterse en ello y emplear su crédito para con el rey.

Desde entonces el padre Tachard tuvo todo el secreto de la embajada, y se determinó que él regresaria á Francia con los embajadores siameses. Estando todo convenido así, mi regreso era mirado por Constancio como el obstáculo que podia perjudicar mas á sus designios: hé aquí la razon. En las diferentes negociaciones á que mis funciones de mayor de la embajada me habian obligado para con él, habia reconocido en mí un carácter libre y franco, que no habiéndome permitido nunca disimular, me lo hacia llamar todo por su nombre. Con este pensamiento receló que no teniendo yo una muy grande idea de Siam y del comercio que podria establecerse allí, lo que yo habia dado á conocer bastante abiertamente, aunque no me temiese de ninguna manera de su designio, receló, digo, que estando yo en Francia no hiciese lo mismo que en Siam, y que divulgando todo lo que pensaba de aquel país, yo no arruinase con una sola palabra un proyecto sobre cuyo buen éxito él fundaba todas sus esperanzas.

Y si se debe decir la verdad, no dejaba de tener razon en no fiarse de mí en este punto, porque yo nunca habria dejado de decir todo lo que sabia, apreciando mucho el interés del rey y de la nacion, para no dar lugar con mi silencio á una empresa de muy grande gasto y ningun provecho. Recelando pues que diciendo la verdad no desbaratase yo todo lo que él habia manejado con tanto arte, hizo todo lo que pudo para retenerme, como ya he dicho.

Hé aquí en verdad cuáles fueron sus razones, de que yo no empecé á estar instruido hasta despues de la partida de los embajadores, en una larga conversacion que tuve con él, y en la que me dejó entrever una gran parte de lo que he referido; y en cuanto á lo demás, he estado instruido de ello, en parte en conversaciones particulares que tuve con personas que estaban informadas á fondo, y en parte por la serie de los sucesos cuyo principio me ha sido fácil aclarar, á medida que los veía ocurrir. Vuelvo ahora á mi mansion en Siam.—F. J.

LA ESPERANZA DEL POETA.

A MI DIGNO CATEDRÁTICO D. JOSE PUENTE Y VILLAUNA.

Angel de la armonía
 Que, de lauros espléndidos ornado,
 La inmensidad vacía
 Animas inflamado,
 En medio de los orbes encumbrado.
 ¡Tú que, del tiempo grave
 Al compás misterioso, en la alta esfera
 Hieres el arpa suave
 Que, en la aurora primera,
 Eco fugace de los cielos fueras!
 Deja ese altivo asiento
 De dó á tus plantas ves tendido el mundo,
 Y, atravesando el viento,
 Desciende á este profundo
 Arido suelo que en mi llanto inundo.
 De amargura sembrada
 Está la tierra; en su estension umbria
 No encuentro una mirada
 De amor que endulce pía
 La angustia y soledad del alma mía.
 A la estrellada zona
 Quiso trepar mi juventud lozana
 Tras inmortal corona;
 Mas mi vuelo con vana
 Risa cortó la muchedumbre insana.
 Caf, y las torpes gentes
 Al mirarme abatido, en carcajadas
 Rompieron impudentes,
 Batiendo alborozadas
 Sus palmas viles en maldad bañadas.
 Como en el firmamento
 Se chocan dos cometas relumbrando
 Con ímpetu violento,
 Las esferas nublando
 Y en estrépito borrisono estallando!
 Así el cielo y la tierra
 Entonces en mi espíritu chocaron
 En formidable guerra,
 Mi vida conturbaron,
 Y el corazón en sombras sepultaron.
 La vista hacia el pasado
 Tendí, buscando con ardiente anhelo
 En su espacio insondado
 Un rayo de consuelo
 Que iluminara mi espantoso duelo;
 Y hallé solo un gran monte
 De polvo, sangre y llanto, cuya cumbre
 De la Parca bifronte
 Gime á la pesadumbre,
 Esparciendo en redor siniestra cumbre.
 En su fosca ladera,
 Con letras de fatídicos colores
 Escrito reverbera:
 «Siempre cogió dolores
 La virtud en el mundo; el crimen flores!»
 Ante ese triste lema
 Mi alma se abatió sobrecogida,
 Cuando de la suprema
 Region de eterna vida
 Suave acento bajó: «¡Espera y olvida!»
 Fué el eco palpitante
 De tu canto inmortal: sonrisa pura
 Irradió en tu semblante;
 Se sonrió natura
 Y vi el cielo á través de su hermesura.
 Pero ¡ay! al suelo miro,
 Y en él reinando la impiedad encuentro;
 Y, herida, hondo suspiro
 De mi corazón dentro
 Da el alma que volar quiere á su centro.
 ¡Sácame de este inmenso
 Templo de corrupcion do á las pasiones
 Elevan torpe incienso
 É infandas oblaciones,
 Vestidas de impureza, las naciones!

En su festin horrendo
 Cegadas ¡ay! por el error se mecen,
 É impúdicas riendo,
 Al Señor escarnecen
 Y su insondable cólera embravecen.
 ¡No saben que su ira,
 Si sobre ellas tronando se desata
 En voladora pira,
 Sin fin las arrebatara,
 Cual á hojas mustias crespa catarata!
 Mientras por medio de ellas
 Pasa el poeta en soledad envuelto,
 Mirando á las estrellas,
 Como nave, del suelto
 Noto al rugir, en piélago revuelto:
 En su arrobo inefable
 Oye lejana la sangrienta orgía
 Del mundo miserable
 Que, con loca porfía,
 Anonada al Creador ansía.
 Y sus ojos en tanto,
 El vértigo al mirar del mundo impío,
 De amargo y negro llanto
 Vierten copioso río
 Que lento corre el porvenir sombrío:
 Y avanza el vate augusto,
 Como un coloso con erguida frente,
 Cantando en son robusto
 Las sombras que su mente
 Inquieta surcan en trópel hirviente.
 Y las futuras gentes
 Brotando van á su inspirado acento;
 Oyente reverentes,
 Y egrégio monumento
 Le alzan, de su memoria eterno asiento.
 Allí firme y sereno
 De los siglos verá el raudal torrente
 Pasar de ruinas lleno..
 Y tu diadema ingente
 Sus sienes ceñirá resplandeciente!
 ¡Cuándo ese hermoso día
 Lucirá sobre mí, y el alto anhelo
 Que oprime el alma mía
 Podrá en plácido vuelo
 Libre espaciarse por el ancho cielo!
 En tus alas me lleva,
 Angel querido, á aquel sublime asiento
 Dónde estasiado beba
 Luz pura el pensamiento
 En la copa del claro firmamento:
 Y el arpa resonante
 Que eco fugace de los cielos fuera
 En el éter radiante
 Dame allí, que ligera
 Entre mis manos vibre placentera.
 Oh! Si á la de zafiro
 Rueda del tiempo dieras con tu aliento
 Tan presuroso giro
 Que, á colmar mi contento,
 Pronto llegara quel feliz momento!
 ¡Cuántos dulces cantores
 Se elevarían en redor, ceñidos
 De celestiales flores
 Y de fulgor vestidos,
 Celebrando mi gloria embebecidos!
 Y tú, volando luego
 A la inmortalidad, en su azul puro
 Esculpirías con fuego
 Mi nombre, hoy tan oscuro...
 Mas ¡ay! en vano en mi ansiedad me apuro!
 Al padre Soberano,
 Niño ambicioso, te prosterna y ora,
 Que en su infinito arcano
 Tu sino oculto mora...
 En tanto olvida y esperando llora!!

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

M. d. d. — Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.